

TÍTULO: *Un frío viento del infierno*

AUTOR: Carlos Puerto

COLECCIÓN: Alerta Roja

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

-Si es cierto que Eva anda con un asqueroso negro, en cuanto los pille juntos los mato -dijo Manu golpeando la mesa con su puño americano de acero.

-Tú di lo que quieras, pero mientras tanto le estará metiendo mano a tu hermana - empezó a decir Wotan mostrando unos dientes sucios que no podía limpiar a pesar de todo el chicle que masticaba sin parar.

Manu le cogió del cuello y, obligándole a aproximar sus rostros, le propinó un rodillazo en los testículos.

-A mi hermana ni mentarla, ¿comprendes? -Como el otro, dolorido y medio asfixiado, no podía hablar, insistió:- ¿Comprendes?

Wotan asintió con la cabeza antes de decir, entre toses:

-Perdona, macho; yo solo quería decir...

-Pues di lo que quieras, pero de tu santa madre.

Manu lo arrojó lejos, ante la mirada de Águila Juan y de Teo, que habían asistido a la escena con total indiferencia el primero, y como si se tratase de una clase de aprendizaje, el segundo.

En su cabeza, por culpa del compañero, había comenzado a soplar el siroco. Era un viento que Manu conocía perfectamente y que, una vez desencadenado, no sabía exactamente cómo detener.

Le molestaba que fuera Wotan quien lo provocara, era indigno, despreciable.

Manu se lavó las manos en el grifo de la fuente pública y, tras empaparse la cara, se las pasó por su cabeza rapada. Le gustaba esa sensación, salvaje y voluptuosa.

Sabía que una de las mejores cosas que había hecho en su vida era la de afeitarse la cabeza, aunque le jodía que un niñato futbolista del Barça hubiera implantado esta moda entre otros jugadores y entre los que no lo eran, minimizando de esta forma algo tan serio para él. Todo un símbolo.

Wotan bebió unos buches, aclarando la garganta y escupiendo lo más lejos posible. Águila Juan se limpió las uñas con la navaja. Teo, el más pequeño del grupo, quince años apenas cumplidos, repitió gesto por gesto lo que había hecho Manu. Luego cerró la llave del grifo.

-¿Por qué la cierras? -preguntó Manu mirando al alevín con ojos todavía furiosos por la noticia recibida y el encontronazo con uno de sus compañeros.

Porque fuera o no fuera compañero, Manu le despreciaba. Águila Juan era un 'puro', alguien que creía en lo que hacía. Y Teo una especie de sucesor, que le admiraba, le seguía y le intentaba imitar hasta en la más pequeña de sus actitudes. Pero Wotan, utilizando aquel ridículo nombre de leyenda con el que intentaba ocultar el suyo propio, era casi tan escoria como los negros, maricones y judíos a los que buscaban y atizaban cuando salían de caza.

-¿Por qué la cierras? -insistió.

-El agua... -empezó a decir Teo.

-Mira lo que yo hago con el agua.

Una patada bastó. Sus botas militares eran fuertes y estaban rematadas por una puntera metálica. El grifo entero saltó por los aires y el chorro brotó sin contención.

Unos transeúntes que vieron la escena se alejaron lo más rápidamente posible de la fuente para no tener que enfrentarse con Manu y los suyos.

Hacía un frío espantoso. Cuando hablaban, las palabras se convertían en vaho, y el vaho en diminutas cristalizaciones de hielo.

-Vamos a tomar algo.

Avanzaron por las calles como siempre, en formación: de cuatro en fondo. De esta forma hacían un barrido de transeúntes que se veían forzados a apartarse si no querían bronca.

Manu, indignado por la noticia que le había dado Wotan, estaba deseando que alguno de aquellos con los que se cruzaba protestase por su avasallamiento. Ésa sería la señal para machacarle, pensando que aplastaba los sesos de un judío, de un asqueroso moro, o de un travesti de mierda.

Pero como hacía mucho frío, era bastante tarde y la calle no muy céntrica, apenas divisaron a unas pocas personas que, apresuradas, cruzaban de acera al verles llegar.

La Sangre del Poeta era su pub favorito. Aparentemente era un lugar de reunión de jóvenes de todas las tendencias, donde los jarros de cerveza se mezclaban con juegos de dardos. Pero luego, en la trastienda, había un saloncito presidido por una bandera que cubría toda la pared. Una bandera roja, blanca y negra, con un círculo en el centro en el que estaba dibujada una impresionante cruz gamada.

Águila Juan, cada vez que entraba en la trastienda, se cuadraba saludando militarmente con el brazo en alto, muy recto, los ojos medio entornados y la mandíbula apretada.

Wotan corría a beberse una cerveza, la enésima de la noche, y a buscar algún porro que otro.

Teo aguardaba a ver qué hacía Manu. Si éste, contagiado por el fervor de Águila Juan, se cuadraba, Teo también se cuadraba. Si por el contrario Manu se sentaba indolentemente, Teo se sentaba a su lado.

Pero aquella noche Manu no hizo ni lo uno ni lo otro. Tomó un vaso y lo apretó con fuerza hasta que saltó en mil pedazos.

Se cortó la palma de la mano y arrojó los restos a un rincón con desprecio.

Teo corrió a ayudarlo, ofreciéndole un pañuelo con el que frenar la hemorragia, pañuelo que Manu anudó como pudo a su mano herida, rechazando cualquier otra colaboración de su alevín con una simple mirada.

-¿Cómo va lo del partido? -preguntó Águila Juan contemplando a todos los allí reunidos como si en realidad estuviera pasando revista a la tropa.

-Todavía dudan -dijo uno que llevaba en el brazo izquierdo un tatuaje representando un haz de flechas atravesadas por un yugo-, pero aceptarán, acabarán aceptando.

-Nos necesitan -dijo Wotan eructando-. Para darles a los catalanes lo que se merecen, nos necesitan.

-¿Y si ganamos nosotros? -aventuró uno que cubría sus ojos con gafas oscuras a pesar de que era de noche y estaban en un local cerrado.

-¿Y qué nos importa quién gane? -interrumpió Manu blandiendo su puño americano de acero como si fuera una prolongación de su mano-. Si ganamos, lo celebramos, si perdemos, nos vengamos; siempre hay motivo para enseñarles a hablar español a esos culés de mierda.

Teo estuvo a punto de interrumpir formulando en voz alta la pregunta que acababa de ocurrírsele: '¿Y si hay empate?' Pero sabía que allí lo de menos era el fútbol. Que lo importante era mezclarse con los aficionados más forofos, los Ultra Sur, y luego, a la salida del estadio, utilizar las porras, las cadenas, la puntera de sus botas. Cuanto más escandaloso fuera el resultado del marcador, mejor para todos. Entre la euforia de unos y la decepción de los otros, estaban ellos.

Manu jugueteó por unos momentos con el colgante que llevaba al cuello: una Cruz de Hierro nazi que le había comprado en El Rastro a Walter, un amigo oficial de las SS que vivía en España desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Tenía cerca de ochenta años, pero cada vez que Manu o alguno de los suyos iban a visitarlo rejuvenecía. Sobre todo le gustaba ver a Águila Juan, porque en él veía al teórico del grupo; solía decir que lo que les diferenciaba de las otras tribus urbanas es que ellos poseían una sólida ideología.

Pero a Walter también le gustaba Manu, tan violento como cerebral, la mejor levadura para un oficial nacionalsocialista.